

que ninguno ignora hasta qué grado eran culpables aquellos reos absueltos. No así entonces cuando los pueblos no sabían lo que pasaba, y la facción del príncipe clamaba en todas partes al oído, que Fernando y sus amigos eran todos inocentes, y que el proceso era una trama que ansioso de perderle había yo urdido. ¿Qué faltaba para dar fuerza á estas imputaciones tan odiosas como injustas? Una sentencia, cual fué dada, por once consejeros de Castilla!... La buena fama que gozaban aquellos magistrados no era inferior al alto grado de sus puestos; ¡quién no debió creer lo que se hablaba y divulgaba por los parciales de Fernando, y quién podía volver por el honor que la sentencia le quitaba á Carlos IV, ni cómo defenderme yo á mí mismo de inculpaciones tan atroces que parecían justificadas! El silencio, el silencio (silencio no del miedo, sino de abnegacion y lealtad pura) ha sido quien me ha puesto y me ha tenido tanto tiempo al blanco de las iras de mis enemigos, tal como Prometeo encadenado en la montaña, abierto el pecho, mas que á un buitre, á la calumnia aun no saciada enteramente. Cuando aquel fallo escandaloso subió en consulta al rey, su primera resolución fué publicar la causa entera por medio de la imprenta y hasta la carta misma que la reina había guardado y escondido. « ¡Mi honor! ¡mi honor antes que la corona! » decía á gritos. Y yo, ¡infeliz de mí! yo trabajé para aplacar su justa ira, ayudado, podré decir esta vez

sola por el ministro Caballero (1). Erré tal vez en contener y en aplacar aquella ira; pensé que no era tiempo de aventurar una medida que podría dar pretexto á Bonaparte para justificar un rompimien-

---

(1) Este ministro fué el principal agente que trabajó en corromper, ó por mejor decir en intimidar á aquellos consejeros. El que á los mismos reyes habia dicho que Fernando habia incurrido en pena capital por su conducta, el que precipitó el proceso y le dió fuego en un principio, él mismo, ya ganado y corrompido, como tantos otros de la corte, sacó á salvo, puros é inocentes, á los instigadores de Fernando, doblemente culpables que el pervertido príncipe. Nadie dirá que hablo por conjeturas y sospechas: él propio se ha alabado de esta obra y lo ha dejado por escrito (a). Echado de la liga de los que habia servido, por ellos mismos perseguido, y prófugo de España, llama ingratos á Escoiquiz y á Infantado, á quienes dice que evitó saliesen á un cadalso. A lo que digo yo: si merecian tal pena, y consiguió salvarlos, claro está que él fué el autor ó el promotor de aquella afrenta á la justicia y á su rey. Si no hubo nada en que doblar la conciencia de los jueces para salvar á aquellos, una de estas dos cosas: ó Escoiquiz é Infantado se hallaban inocentes, y aquellos once jueces intentaban no obstante condenarlos, cosa que es imposible suponerla; ó hallándolos sin culpa se encontraban prontos á absolverlos: en este último caso nada tenia que hacer para salvarlos; que los quisiesen condenar siendo inocentes no es creible; luego si los salvó como él se jacta, debian ser condenados, y él fué quien de cualquier manera que lo hiciese, promovió el prevaricato.

(a) En su carta á don Juan Llorente de 15 de mayo de 1815.

to con nosotros; aguardé á ver mas claro, si era dable, en el nublado espeso que cubria nuestro horizonte; temí una guerra en lo interior, amenazado el reino de otra externa: no tengo mas disculpa, si erré en aconsejar aquel silencio. ¿Querrán saber algunos lo que don Arias Mon osó decirme algunos dias despues de presentada la sentencia? He aqui á la letra sus palabras: «Cuando el principal »acusado ha obtenido la clemencia real, y mañana »ó el otro podrá llegar á suceder que empuñe el »cetro, ¿nos tocaba á nosotros condenar á los que »han sido sus agentes? ¿se puede hacer justicia en »tales circunstancias como las del dia?»

Tal manera de producirse un presidente del consejo de Castilla, muestra sobradamente cual era ya el estado en que tenian á España los que tomando el nombre del príncipe de Asturias y del emperador de los franceses, fomentaban la idea de un próximo reinado lleno de ventura. La anarquía habia ya entrado en las alturas del gobierno, y Carlos IV estaba solo. En situacion tan extremada yo via mi perdicion casi segura; mas si antes le habia instado tantas veces porque me concediese retirarme, miré como una infamia abandonarle cuando le ví tan solo, y cuando mas que nunca reclamaba mi asistencia. Via tambien á mi pátria, y via de qué manera se estaba preparando por tantos hombres ciegos su entera perdicion, ó cuando menos su desmedro ó su ignominia. «Aun cuando fuese cier-

» to, decia yo en mi soledad, que Bonaparte se pro-  
» ponga entronizar al príncipe de Asturias, ¿lo  
» hará sin recompensa? ¿La integridad de España,  
» guardada felizmente entre tantas mudanzas y tras-  
» tornos de la Europa, quedaria á salvo de sus uñas?  
» ¿Y en dónde se ha metido ese gran hombre á pro-  
» teger, que no haya hecho tributarios y verdadero<sup>s</sup>  
» feudos suyos los pueblos protegidos; ó qué otra  
» cosa son los príncipes que ha hecho ó agrandado si-  
» no prefectos de su imperio? ¿Se volverá la España  
» otra caserna mas para las tropas imperiales, como  
» la Italia y la Alemania? ¿Intentará Napoleon ha-  
» cer arder y enfurecerse entre nosotros dos partidos  
» poderosos y enemigos, interponerse luego á fuer  
» de mediador, y secuestrar ó desmembrar el reino  
» á su provecho?» Todo podia pensarse cuanto al  
fondo, excepto la manera con que despues dió cima  
á sus designios. Cierta de un mal muy grande que  
caminaba aprisa, sin que en tanto me fuese dable  
adivinar lo que aun el mismo emperador no habia  
resuelto todavia quanto al tamaño y á los medios de  
su ruin hazaña, me desvelaba imaginando algun  
recurso que bastase para desconcertar los planes de  
aquel hombre tan inquieto, tan soberbio y tan osa-  
do. Yo lo afirmo, yo lo aseguro, y no es difícil de  
creerse comprendida la situacion en que me via en-  
cerrado: persuadido cual me encontraba de que  
solo la union de sentimientos y de objeto podia sal-  
var la España, hubiera aconsejado á Cárlos IV,

como un medio y un heróico sacrificio, la abdicacion de su corona en la persona de Fernando, si éste no hubiera estado ya medio vendido al emperador de los franceses por los que le inspiraban la pretension funesta de aliarse á su familia y hacerse un deudo suyo, triste alianza que llevada á efecto y coronado el príncipe, hubiera equivalido á abandonar á la política absorbente del imperio los destinos de la España. Bajo su nombre entonces tan querido habria dispuesto de ella Bonaparte á su albedrío sin dejarle en su rey nuevo mas que un fantasma de monarca, y prisionero suyo mas seguro sobre el trono que en la jurisdiccion de Valencey, porque la España sorprendida y engañada de aquel modo, ó nunca se habria alzado ó habria acudido á hacerlo ya muy tarde cuando no era tiempo. ¡Ob! que si el príncipe Fernando, con su ambicion del solio tan premiosa, hubiera á mas tenido los talentos y las virtudes necesarias para salvar la España, y defender su casa en la terrible crisis que ofreció aquel tiempo y que movido y agitado por sus ineptos y malvados consejeros habia tan gravemente complicado, á mí me habria debido ceñirse antes del tiempo señalado la corona; y lo diré tambien, que si hubiese yo amado menos á mi patria del alto grado en que la amaba, habria adoptado ciertamente un medio tan seguro de desmentir las duras prevenciones con que habian trastornado mis contrarios la cabeza de aquel príncipe, haciéndole

creer que yo aspiraba al trono ó pretendia desheredarle. ; Cuánto mas fácilmente que Ceballos hubiera yo podido procurarme su amistad y confianza por tal medio, sin recurrir á las traiciones, sin mas medios ni mas artes que mis consejos y mis ruegos á su augusto padre que le amaba tiernamente! Yo habria ahorrado á aquel hijo un grande escándalo, no habria puesto á su fama una gran mancha, y él hubiera subido al trono por mano de su padre, de la manera mas legítima. Yo habria logrado entonces, cuando menos, retirarme en paz á mis estados, ó hubiera acompañado á Carlos IV, no peregrino y desvalido en reinos extrangeros sino en el seno de mi patria haciendo el bien que, habria podido: tal vez tambien los españoles habrian echado menos, no muy tarde, su buen rey y su infeliz amigo, privado ó favorito, como llamarme habrian querido; tal vez, ó por mejor decir, de cierto, los coronistas de aquel tiempo, y los que luego se han seguido, habrian escrito de otro modo. Si á pesar de esto no lo hice, y si rehusé aquel modo de salvarme, solo, desamparado cual me via, cercado de mil riesgos, expuesta mi cabeza; mi patria, ya mas tarde, cuando abrió sus ojos, cuando desaparecieron tantas ilusiones con estruendo y sangre, y á expensas suyas ha tenido tan grandes desengaños, debió acordarse de mi tiempo y hacerme al menos la justicia de compadecerme y de contarme entre sus hijos que mas la habian amado,

como el que habia pospuesto á ella su propia salvacion, su honor y su existencia. No, yo no supe resolverme á dar tal paso que me habria salvado, al precio de dejarla entre las manos de Fernando y del emperador de los franceses; no pude resolverme á aventurarla y que por culpa mia quedase en tan terribles circunstancias bajo de los consejos y la guarda de semejantes hombres como Escoiquiz é Infantado, que ya despues fué visto lo que eran para dar consejos, y para gobernarla y defenderla; no quise que quedara por mi causa bajo el funesto imperio de un partido, que no tenia mas patria que á sí mismo, cuyo gobierno é influencia se ha visto y se está viendo lo que ha sido y aun querria que fuese todavía. ¡Ah! ¡yo los conocia!... Ya la nacion iba marchando y sacudiendo los errores de los viejos siglos, habia ya andado muchos pasos, y le faltaban solamente para haber conocido á Cárlos IV y haberle hecho justicia, los dias de paz que requeria la gran reforma deseada por los buenos, y tan temida por los malos. Muy pocos ignoraban lo que se estaba haciendo y preparando. Ella se habria cumplido teniendo un tanto de paciencia. Los que la esperaban del príncipe Fernando y de sus grandes consejeros, ellos lo han visto bien, y harto cruelmente, hasta qué punto se engañaron, ó por mejor decir los engañaron sus inicuos enemigos que eran tambien los mios.

Era ya fin de enero de 1808, y los conspirado-

res, favorecidos en lo alto, y en nuevas relaciones con el príncipe de Asturias, sugeridos y apadrinados en la legacion francesa, cobrado nuevo aliento y una fuerza inmensa por la absolucion de sus dos gefes principales y demas reos del Escorial, ciertos ya mas que nunca de la impunidad de sus acciones, extraviaban de repeso la opinion en todo el reino, dándose grande prisa en la preparacion de los desastres (1). Nada mas fácil entre tanto que mantener las ilusiones de estos hombres. De gabinete á gabinete, ninguna luz, ninguna anunciativa que dejase

---

(1) Los innumerables agentes de la faccion se esforzaron en pintar como un acto gravísimo de tiranía el decreto real por el cual fué confinado el canónigo Escocquiz al monasterio del Tardon, é Infantado á la ciudad de Granada, sin otra pena á los demas reos que el destierro de la corte, y esto en un pais donde regia tan de antiguo el poder absoluto. Cualquiera de mediano juicio podrá fácilmente decidir, cuál de los dos extremos quebrantó la verdadera justicia, el uno, de absolver de toda culpa y pena reos convictos y confesos de verdaderos delitos de felonía y alta traicion, cual hicieron los once consejeros; y el otro de imponer, cual lo hizo el rey, como medida de política, aquellas penas tan suaves en proporcion de los delitos, precauciones mas bien que no castigos, en circunstancias tales en que se estaba viendo arder el fuego que habian aparejado aquellos hombres criminales. Los que en esto han intentado deprimir á Carlos IV, habrian debido recordar, en los antecedentes de la historia, como fué la conducta de otros reyes en casos parecidos é incomparablemente menos graves. No diré nada de los medios de influencia personal con que

ver al nuestro la intencion de Bonaparte. Una reserva grande con nuestro embajador y con Izquierdo, mas que reserva todavia, desaires estudiados que se hacian sufrir á entrambos, todo lo cual era sabido y se escribia de Francia, alimentaban mas la idea de que el emperador no estaba lejos de romper con Cárlos IV, y declararse abiertamente por el príncipe; mucho mas todavia, cuando era vista la

---

Felipe II promovió él mismo la desapiadada sentencia de su hijo sobre culpas todavia ignoradas. Cárlos IV se abstuvo de toda intervencion directa é indirecta con los jueces del proceso, respetó lo juzgado abiertamente injusto, y sin declaracion ninguna contra aquel prevaricato, contentóse con apartar aquellos reos del centro de sus grandes tramas, tan descubiertas y probadas como estaban. Federico II, rey de Prusia, cuando en la causa de su hijo Federico el Grande (causa sin mas delitos que pecados interiores de familia sin ninguna trascendencia á lo político) fué éste absuelto por el consejo militar que entendió en ella, no se detuvo en nombrar otro, y buscó jueces complacientes que le condenaron en revista. Perdonóle despues con condiciones las mas duras; empero al infeliz amigo de su hijo que le habia servido de consejo para su fuga proyectada y no cumplida, al que sus jueces condenaron solamente á reclusion perpetua, él de su propia autoridad le condenó al último suplicio, ejecutado casi encima de su hijo con circunstancias horrosas. Yo hablé ya de esto en otra parte, como tambien de los suplicios espantosos, martirios verdaderos, que Pedro el Grande hizo sufrir á los que en algun modo apareció por conjeturas ó por levisimos indicios que habian tenido conexiones amistosas con su hijo.

tibieza de Beauharnais con nuestra corte, mientras con los amigos de Fernando se trataba íntimamente y no se hablaba de otra cosa que de los días felices y gloriosos que tendría la España cuando sus lazos con la Francia se anudasen para siempre por el casamiento de Fernando. En cuanto á mí, profetizaba siempre mi completa ruina cuanto el emperador viniese, hasta llegar á asegurar que rehusaría toda entrevista con el rey mientras que yo me hallase al lado suyo. Maserano, desde París, no se acertaba en escribir á sus amigos cuanto se hablaba en los salones favorable al príncipe de Asturias, y citaba palabras y expresiones que corrían como escapadas de la boca del mismo emperador, tan significativas de su aprecio de Fernando, como depreciativas del gobierno de su padre, y en cuanto á mí llenas de enojo. De la venida á España muy cercana del mismo emperador decía que sería el fin de mi poder, y que caerían conmigo cuantos se reputasen ser criaturas mías. Todo esto me llegaba á mí tambien por lo que oían en las tertulias y corrillos mis amigos, que unos tras otros por instantes se iban eclipsando y comenzaban á evitarme como á una casa que amenaza ruina. Y el mismo Izquierdo me escribía y me confirmaba las especies que corrían entre los personajes mas cercanos del gobierno, y el resfrio calculado que encontraba en sus amigos de la corte. Sin dudar de estas cosas que no podían dudarse, y sin dejar de ver las baterías

que dentro y fuera de la España me estaban asestadas mecha en mano, no cupo nunca en mi cabeza que tanta gente armada que movia Napoleón sobre la España pudiese ser para un objeto tan sencillo y practicable como coronar al príncipe Fernando y oprimir á Carlos IV. Para guardar la España contra la Inglaterra mucho menos; sobraban tropas en España francesas y españolas para resistir cualquier ataque temerario que intentasen los Ingleses contra nuestras costas. Y ciegos, mas que ciegos, ciegos por la ambicion de entrar en el poder por la mudanza de monarca, era preciso que estuviesen los que ninguna cosa sospecharon cuando hácia fin de enero pidió el emperador la conscripcion del año nueve. ¿Qué nueva empresa tan difícil y arriesgada tenia enfrente Bonaparte, en paz y en paz segura por entonces con todo el continente, aliado con la Rusia y con la Dinamarca, la Suecia invadida por la Rusia, la Prusia aniquilada, aun mas de la mitad de la Alemania comprometida en favor suyo por intereses propios de ella, la Italia entusiasmada de su poder y de sus glorias y postrada de buen ánimo á sus plantas; hasta la Puerta, hasta la Persia, haciéndole homenaje, y el Portugal, la sola cosa que parecia faltar á sus deseos, completamente subyugado? Faltábale la España. No habia ya mas en toda Europa que excitase su ambicion y aun faltase á su dominio soberano de entre todos los vecinos de la Francia. No me haré yo un merecimiento de ha-

ber reconocido su intencion enteramente, mas sí de haber querido combatirla hasta el postrer extremo como la estuve conteniendo muchos años. Todos los partidarios de Fernando debieron conocerla : bastaba á todo el mundo para esto un solo dato que ya he dicho. Pedir la conscripcion del año nueve al comenzar el año ocho, suponía alguna empresa peligrosa á que Napoleon se preparase nuevamente; y cada cual podia advertir que, derribar á Carlos IV y coronar al príncipe Fernando no le podia ofrecer ningun peligro. Luego intentaba mas, luego intentaba alguna cosa muy mas grave, ó bien hacer de España un feudo del imperio dejándole á Fernando solamente un vano título como lo fué el de Holanda y el de Nápoles; ó desmembrarla y agregarse alguna parte de su suelo como precio del coronamiento de Fernando; ó acabar de una vez con los Borbones, aniquilando aquella sola rama que quedaba del gran tronco derribado en Francia. Tal vez los partidarios de Fernando, fascinados por la esperanza de las bodas que mantenía Beauharnais, no alcanzaron á recelar que Bonaparte se arrojase á este postrer extremo: cuanto á sacrificar alguna parte de la España con tal que se lograra entronizar al príncipe Fernando, ó bien que Bonaparte, de hecho ó de derecho, se erigiese en suzerano de la España, rigiéndola Fernando como un teniente suyo, rey en el nombre, y ellos ministros, consejeros ó prebostes suyos, como despues lo fueron; todo esto era

muy poco sacrificio para ellos con tal que consiguiesen sus intentos y se cumpliesen sus traiciones (1).

; A mí pues que sin necesidad de un gran tumulto escandaloso, y sin buscar infamemente el poderío de un príncipe extranjero, pudiera haber logrado ciertamente con mis consejos y mis ruegos que hubiese coronado Cárlos IV al príncipe Fernando y haberme rescatado por tal medio de su odio; á mí que no lo hice por no exponer á España á someter su cuello á Bonaparte, por no asociarme á tales hombres tan ignorantes, tan perversos, tan indignos del nombre de Españoles cual eran y cual fueron hasta el fin los seductores y amigos de Fer-

---

(1) De que manera fuesen indiferentes á la faccion de los que se tomaron el titulo de Fernandinos, tantos y tan deplorables sacrificios á que estaban dispuestos, se ve á cada paso en la *Idea sencilla* de Escóiquiz, donde para justificar y hacer plausible el viaje á Bayona á que las demas cabezas y supuestos altos de la faccion arastraron al príncipe de Asturias, dice frescamente (pág. 25) con aquella especie de candor que toma algunas veces el orgullo del crimen, que lo mas que podia temerse de Napoleon, fué que se aprovechara de aquella ocasion para exigir la cesion de las provincias de la izquierda del Ebro, ó la via militar para Portugal, ó quizá la Navarra sola, como ya se habia visto en el tratado remitido por Izquierdo. (Proposiciones, no tratado, que hizo el emperador por medio de Izquierdo, y rebatidas por éste; las cuales no llegaron á Madrid sino despues de arrojado Cárlos IV del trono; proposiciones que la faccion tuvo

nando, por no arriesgar entre sus manos los destinos de treinta y tres millones de habitantes, hijos queridos de la España, repartidos en las cinco partes de la tierra, todos leales, todos fieles, sin que uno solo de entre tantos pueblos se hubiese separado de la madre patria entre tan grandes turbaciones como las que ofrecían las guerras de las tierras y los mares; á mí que quise combatir al enemigo de mi patria hasta la postrer hora en que me derribaron aquellos mismos hombres que lo perdieron todo....

---

lugar bastante para examinar con otras varias pretensiones exorbitantes que se contenían en ellas. Estas las calla Escoiquiz, y todo esto le pareció nada para ir á traficar en Bayona la usurpacion de la corona.) En cuanto á la influencia poderosísima que habria de haber tomado Napoleon sobre la España hechas las bodas deseadas por Fernando y promovidas por Escoiquiz é Infantado, no solo no hace escrúpulo de reconocerla y confesarla, sino que el simplicísimo malvado dice (pág. 34) de esta suerte: «¿Era de creer que estando cierto (Napoleon) de que » por este enlace, incorporado Fernando con su familia, » olvidaria todos los intereses de las otras ramas de la casa » de Borbon, que sin esto tenia su padre ya harto olvidadas, adoptando los de su casa imperial, y de que habia » de ser por aquel medio un *hijo obediente suyo y un aliado » inseparable*, quisiese destronarle y con él su sobrina, su » futura esposa? etc.... » ¡Oh! ¡Dios mio! ¿Quién consintió entonces á toda suerte de bajezas é ignominias para España, sino los partidarios, los amigos y los indignos consejeros del engañado príncipe de Asturias? ¡Y tales hombres como estos, hablando de este modo y refiriendo tales cosas, se han justificado, y han gobernado muchos años.

á mí tan solamente los odios implacables y las injustas prevenciones, yo no diré de todos, pero sí de algunos todavía... despues de treinta años... despues de tantas cosas que se han visto, tantas comparaciones como han debido haberse hecho!

Júzgueme pues ahora sin pasion el hombre mas austero que se encuentre en punto de deberes á la patria. Yo solo, yo hecho el blanco de tantos enemigos, yo atacado de tantos modos, yo sin fuerza moral en tales circunstancias, herido de calumnia y divulgado en todas partes como un atentador de los derechos, del honor, de la existencia y de las glorias preparadas al príncipe de Asturias por el primer monarca de la Europa; yo, mísero de mí, que ni aun tenia el recurso de lanzar un grito al pueblo castellano y advertirlo de su mal y su peligro, porque se hacia creer á todo el mundo que yo queria la guerra contra el emperador de los franceses por evitar mi ruina y por quitar al príncipe Fernando aquel amparo, perplejo en tanto cual se hallaba Cárlos IV sin saber á qué consejo deberia atenerse en los peligros de que se via cercado, yo solo de esta suerte y expuesto cual me hallaba á todas horas al furibundo ataque que maquinaban mis contrarios y que tardó tan poco tiempo en realizarse como despues fué visto, yo dije entre mí mismo: «Mas sola esta la patria, mayor es su peligro: ¿qué importa mi existencia mientras me fuere dable hacer algun esfuerzo por salvarla? Tal vez, tal

» vez la disciplina del ejército y la lealtad al rey tan  
» bien probada de sus gefes, podrá impedir la rui-  
» na que amenaza: este es el caso de morir mil veces  
» antes que dejar el puesto en que la confianza de  
» mi rey me tiene colocado....» Y el pecho eché á  
las olas y á los vientos que bramaban en redondo,  
á lo que quiera que viniese, á todas las venturas, y  
no sin esperanza todavía de que mi cara patria pu-  
diese ser salvada.

No tenia mas que al rey, á aquel buen rey des-  
amparado; de él tan solo podia venir la salvacion  
mientras no osasen los malvados atacarle, y me fue-  
se á mí dable resolverle á mis consejos tantas veces  
malogrados. De dia, de noche, á todas horas no le  
hablaba de otra cosa que de mudar asiento á pais  
seguro dentro de sus reinos, de rodearse de sus tro-  
pas, de pedir razon á Bonaparte de la infraccion de  
los tratados, y apellidar sus pueblos á la comun de-  
fensa, si Bonaparte no hacia alto en el camino co-  
menzado y proseguia violando con nosotros la ley  
de las naciones. Conseguí persuadirle de no quedar  
mas medio de cumplir sus deberes de un buen rey,  
de proteger sus pueblos, y de poner en guarda su  
casa y su corona, sino tomar aquel partido. Faltá-  
bame tan solo persuadirle de la urgencia de instan-  
tes y momentos, de la de dar aviso del peligro á  
las autoridades y de tomar medidas militares pre-  
ventivas para cualquier evento. Titubeaba Cárlos IV  
todavía en la eleccion del tiempo apto, y he aquí

llegó la carta del emperador de los franceses llena de lisonjas, tocando nuevamente el punto de las bodas sobre el cual su magestad no le habia escrito nuevamente de una manera terminante, sin escribir en ella cosa alguna de las tropas que inundaban nuestro suelo, y acompañando aquella carta con los dos bellos tiros de caballos que le regalaba.

No fué inútil esta jugada de su astucia á Bonaparte. Cárlos IV volvió á pensar, y á recaer en nuevas dudas en favor de su aliado tan poderoso, tan magnánimo, tan incapaz de una fe doble y de arterías infames, como, juzgando por sí mismo, se complacia en juzgarle. Cada momento que corría se hacia para mí un siglo, y yo no me engañaba, y daba siempre prisa; Cárlos IV no obstante volvió á su tema habitual de tanto tiempo, *al esperemos todavía, al veamos aun mas claro, no nos precipitemos, no provoquemos una lucha que él tal vez no ha imaginado....* Tema digno en verdad de su alma generosa que no sabia creer en las traiciones mientras no estaban descubiertas, tema empero que hacia ya cerca de año y medio que habia frustrado mis consejos y habia dejado al enemigo el tiempo que fué nuestro y que debió salvarnos. Ahora ya no corría si no es en contra, y no corría, sino volaba para hundirnos. Mientras el general Dupont, fingiendo caminar á Salamanca, se está en Valladolid muy á su espacio, el mariscal Moncey le sigue en Burgos, y el Pirineo no se despeja: el mariscal Bes-

sieres se acerca al Bidasoa con otro cuerpo igual al de Moncey. El gran duque de Berg vendrá á tomar el mando de los cuatro ejércitos, y yo le escribo y le pregunto, y no responde. Ningun aviso desde Francia, y la embajada está sin nuevas y sin ninguna orden. Y mientras todo esto, he aquí un parte de Pamplona de que una division francesa ha penetrado en Roncesvalles y caminaba en direccion á la ciudad; tras de este parte, á los tres dias, nos llega otro, de que la ciudadela ha sido sorprendida y ocupada por las tropas imperiales (1). Otro

---

(1) Era entonces virey de Navarra el marques de Vallesantoro, modelo de lealtad y de valor, cuyas pruebas habia hecho en la guerra con la república francesa y en el largo y penoso bloqueo que sufrió en Bellegarde muchos meses. Tuvo la condescendencia con el general frances d' Armagnac de alojar en la ciudad á los tres batallones franceses que mandaba aquel general, pero nególe la peticion que hizo de poder meter en la ciudadela dos de aquellos batallones que eran suizos, pretextando el recelo que tenia de que desertasen. El general d' Armagnac, que ninguna queja habia mostrado por aquella negativa y no habia vuelto á repetir su demanda, sin respetar aquel derecho sagrado que impone la hospitalidad aun entre gentes enemigas, preparó su indigna hazaña, escondiendo en su posada, poco distante de la ciudadela, algunos granaderos ademas de los de su guardia, y encomendó á un gefe de batallon que desarmado y disfrazado la mañana siguiente con algunos soldados escogidos cuando irian á tomar sus raciones á la ciudadela, buscarse el modo de sorprenderla con alguna estratagemia, dando tiempo á que saliesen los granaderos escondidos y

aviso de Cataluña llega casi al mismo tiempo, y nos anuncia que otra division francesa comienza á entrar por la Junquera y que camina en direccion á Barcelona.

«¿No será tiempo todavía? pregunté á vista de esto á Cárlos IV. Aun cuando pretextando la mútua confianza de aliados, quisiera disculparse Bonaparte con la urgencia de anticiparse á los Ingleses por avisos que tuviera ó que alegase de alguna grande expedicion que proyectasen estos, ¿cómo tendria disculpa de no explicarse al mismo tiempo con vuestra magestad ni dar respuesta alguna á nuestro gabinete de las preguntas que se han

---

podieran apoderarse de la entrada. Nevaba aquella mañana, y los soldados que conducia el disfrazado oficial movieron una broma jugando con la nieve, haciendo bolas y tirándose unos á otros. Distraida asi un momento la guardia con aquella especie de escaramuza que hacian los soldados franceses, algunos de éstos que aparentaban huir vinieron á refugiarse sobre el puente levadizo para impedirle alzasen, acudieron los otros de tropel y salieron los granaderos, obra de un momento que les bastó para sorprender las centinelas y desarmar la guardia. Cuando acudió el virey, los franceses eran ya dueños de la ciudadela, disculpándose d' Armagnac con la necesidad en que le habia puesto de obrar asi sin comprometerle, el rigor de la disciplina en que le era forzoso tener aquella tropa hasta volver á ponerla en marcha cuando recibiese orden de hacerlo, y haciéndole mil protestas de la estrechísima amistad que debia reinar entre los dos gobiernos unidos mas que hermanos y á un fin único que era dar el golpe mortal á la Inglaterra.

» hecho? Sorprender una plaza y apoderarse de ella  
» por astucia, ¿no seria violar la paz y la amistad  
» del mismo modo que si la tomase á viva fuerza?  
» ¿Aguardaremos todavía que emplee las armas?  
» « — Esto es precisamente á lo que aguardo, me  
» dijo Cárlos IV. Si algun respeto puede contener á  
» Bonaparte todavia, es el respeto á la opinion de  
» sus demas amigos y aliados, solo el temor de que  
» se diga que sin ningun motivo ha quebrantado con  
» nosotros su alianza, su palabra, sus tratados y la  
» fé de las naciones. Tomemos precauciones cuantas  
» sean posibles, pero con tal cordura que ni una  
» sombra de pretexto le dejemos para llamarnos  
» agresores. No puede ser muy largo que se explique  
» ó se descubran sus intentos; obra en tanto de ma-  
» nera que á vista de la España y á la faz de Europa,  
» sea Bonaparte quien sin razon alguna nos dispare  
» el primer tiro. No hablemos de partida á Badajoz  
» sin que se aumenten los motivos de apelar á este  
» recurso. Podria pensar Napoleon que era temor de  
» parte mia, imaginar tal vez que yo intentase se-  
» guir el triste ejemplo de la familia portuguesa, ó  
» que me aparejaba á hacer la guerra y á abrir la  
» puerta á los ingleses. »

El rey se pronunció de tal manera en este acuerdo suyo, que yo no tuve mas camino que el de seguir su voluntad y obedecerle, si bien puedo decir que fuí mas lejos de los lindes que en globo me habia puesto. Lo primero de todo dirigí las instruc-

ciones convenientes al general Solano y al general Carafa para que procurasen estar prontos á dejar el Portugal y replegarse sobre España, si al servicio del rey pudiese convenir una medida de esta especie. El general Solano estaba libre enteramente para poder hacerlo. Carafa estaba mas ligado por ser su division la que auxiliaba al general Junot; tenia yo empero alguna confianza de que pudiera desatarse con el todo ó con la mayor parte de sus tropas, porque habiendo fallecido el general Taranco, que mandaba la division del Miño, le añadí á Carafa el mando de ella, previendo que algun dia podria ser conveniente, que con cualquier pretexto de una urgencia, retirase para España entrambas divisiones (1). A uno y otro les hice ver nuestro

---

(1) El general Taranco, uno de los militares mas beneméritos de nuestro ejército, tal vez el primero de todos los de aquel tiempo por la sabiduría de su conducta igual á su pericia militar y á su valor y denuedo, y por su espíritu conciliador, murió en enero de un cólico tan violento que dió á pensar si habria sido envenenado. ¿Mas quién pudo cometer tal crimen, ni por qué razon, contra un hombre que no tenia sino amigos en España, y que en Portugal estaba adorado por los pueblos que ocupaba? He aquí un tributo de alabanzas que le rinde un escritor portugues: « Ni un instante llegó á turbarse » la buena armonía entre los españoles y el pueblo portugues, gracias á la severa disciplina del ejército español, » y á la moderacion, y á la prudencia del general Taranco, cuyo nombre será pronunciado con eterno reconocimiento por los habitantes que fueron testigos de su

peligro, y les encargué el servicio que harían á la corona en preparar con todo el arte que requerían las circunstancias su regreso y estar prontos al primer aviso. Yo no necesitaba recordar las ordenanzas á los generales á cuyo cargo se habían puesto las plazas y provincias fronterizas de la Francia; todos tenían probada, á mas de su lealtad, su instrucción, su energía y su fortaleza para el gobierno y para el mando (1). Despachéles no obstante á todos ellos diferentes oficiales de mi estado mayor, uno de estos, don José Cortés, teniente coronel de ingenieros, al marqués de Vallesantoro, comunicándole el pesar y el desagrado con que habia sabido

---

»dulzura y de su integridad; tan sincero en sus promesas, como Junot era picaro y perverso en las suyas;»  
 »haciéndose amar de tal modo, que nunca tuvo motivo para usar del rigor; disminuyendo, tanto como era posible hacerlo, las calamidades de la invasión; sin verse bajo su mando los robos, vejaciones y destrozos que desolaban el pais ocupado por el ejército de Junot;»  
 »sin impedir el ejercicio de la autoridad civil, sin imponer contribuciones; sin cambiar nada en la forma ni en la cantidad de los impuestos, guiándose en todo por el parecer y á medida del deseo de los habitantes, etc., etc.» (Aceursio das Neves, tomo I, pág. 302.) Taranco era mi primer amigo, y tales eran los hombres que yo empleaba.

(1) En Guipúzcoa, el mariscal de campo duque de Mahón; en Vizcaya, el teniente general don José de Arteaga; en Navarra, el marqués de Vallesantoro; en Aragón, el teniente general don Juan Guillelmi; y en Cataluña, el conde de Espeleta de Veyre.

el rey la sorpresa indisculpable de Pamplona, encomendando á su probada lealtad y á sus talentos las medidas que podrian ser necesarias para la defensa de aquel reino y el recobro de la plaza si los sucesos ulteriores nos obligasen á la guerra, conduciéndose en tanto de manera que la responsabilidad de cualquier acto hostil que pudiese ser necesario contra los franceses recayese sobre ellos, y que por nuestra parte en nada se faltase, sin una nueva orden, en cuanto al suministro de las tropas. Este mismo oficial debia entenderse con el duque de Mahon y con el general Arteaga, previniéndoles de mi parte y con arreglo á lo mandado por el rey, que estando siempre alerta contra toda sorpresa, y preparados en todo caso necesario para rechazar la fuerza con la fuerza, consultasen no obstante en lo exterior á prevenir todo motivo de queja justa que pudieran alegar los franceses por falta de alojamientos, provisiones y agasajo de parte nuestra, pero sin concederles otra cosa alguna que excediese los deberes ordinarios de amistad que se acostumbran en tales circunstancias, y teniendo presente que era bien posible que aquella amistad se acabase; en cuyo duro extremo era la voluntad del rey que la primera hostilidad ó la primera violencia fuese imputable á los franceses, ó que á tener lugar por nuestra parte, fuese muy fundada sin poder tergiversarse los motivos bajo ningun concepto ni apariencia.

El mismo día en que partió Cortés á la Navarra y Vizcaya ( 24 de febrero ), salió tambien en grande diligencia para Barcelona el teniente coronel de artillería don Joaquin de Osma. Sus instrucciones para el conde de Espeleta fueron las siguientes:

1.<sup>a</sup> Estar en guarda contra toda tentativa de sorpresa de la ciudadela y de la fortaleza de Monjuich que los comandantes franceses pudiesen intentar como en Pamplona;

2.<sup>a</sup> No dejar entrar, bajo cualquier pretexto que fuese, cinco franceses juntos ni en la ciudadela ni en Monjuich, cualesquiera que fuesen, aun oficiales superiores, los que lo pretendiesen;

3.<sup>a</sup> Que si era cierto que los franceses hubiesen sido alojados en el cuartel de las Atarazanas ( cosa que jamás debiera haberse mandado ni permitido), procurase el capitan general, por medios discretos y sagaces, mudarlos de aquel alojamiento, y que llegada á conseguirse esta mudanza, por ningun título, ni aun por mera curiosidad, permitiese entrar franceses en aquel edificio;

4.<sup>a</sup> Que con igual solicitud extendiese su vigilancia á las demas plazas, fortalezas y castillos del principado, y tomase cuantas medidas y precauciones fuesen convenientes, para que los respectivos gobernadores militares y políticos se manejasen con la misma reserva, discrecion y firmeza que se le encargaba para Barcelona, á cuyo efecto se le conferian facultades absolutas y omnímodas, entre

ellas expresa y terminante la de mudar á su arbitrio y poner gefes de su perfecta confianza donde quiera que lo estimase necesario ú oportuno;

5.<sup>a</sup> Que tanto como habria de ser el rigor que se observase en cuanto se prevenia por los artículos anteriores, tanto fuese tambien el esmero en la asistencia, buen trato y urbanidad con los franceses, cuidándose mucho de evitar encuentros entre estos y los paisanos, invigilando mucho en el mantenimiento del órden, y procurando evitar y prevenir hasta las mas ligeras ocasiones que pudieran servir al gobierno francés de pretexto para producir, ni aun en la apariencia, quejas justas y legales contra nosotros, y obrando finalmente de tal modo y con tal arte que si los gefes franceses llegasen á desentenderse de igual correspondencia en sus deberes políticos ó militares, la primera señal decisiva de agresion fuese de ellos y no nuestra;

6.<sup>a</sup> Que no siendo necesario para el completo de la guarnicion de Tarragona el regimiento de Hibernia que se hallaba acuartelado en aquella plaza, le hiciese partir para Valencia á las órdenes del capitán general de aquel reino y del de Murcia, y que hiciese lo mismo con cualesquiera otros cuerpos ó fracciones de cuerpos que no estimase necesarios para el servicio militar de sus respectivos departamentos;

7.<sup>a</sup> Que me informase cuanto supiese ó pudiese saber sobre el número de tropas francesas que ha-

bian entrado en el principado y de la direccion que estas tomasen ó intentasen tomar, atendido que nuestra corte no habia recibido todavía las comunicaciones que aguardaba, entendiendo con esto para su gobierno, que aunque no fuese de creer que el gobierno francés tuviese designios hostiles contra nosotros, debiamos estar preparados para cualquier evento inopinado que pudieran ofrecer las circunstancias;

8.<sup>a</sup> Y última; que me informase de la opinion de Barcelona y demas pueblos del principado, y que pusiese grande atencion en averiguar y descubrir cualesquiera designios, bien favorables, ó bien contrarios á los franceses que pudiesen tener personas sospechosas y forasteras que se hubiesen introducido en Barcelona sin ningun motivo ni causa conocida, celando entre ellas mayormente á las que se hiciesen notables frecuentando á los franceses.

Al capitán general de Valencia y Murcia, conde de la Conquista, despaché un correo de mi especial confianza, declarándole sin ningun embozo los recelos, para mi modo de juzgar certezas, de que el emperador de los franceses tramaba contra España algun gran golpe de los suyos; le hacia los mismos encargos que al de Barcelona, y le añadía, que contando con su lealtad tan bien probada en el servicio de la corona, podria llegar el caso de emplearle para cubrir, si las circunstancias la hacian necesaria, la internacion del rey y de su familia

real al mediodía de España, donde pudiese ser mas conveniente, á cuyo fin, asi las tropas que debería recibir de Cataluña, como las que pudiese reunir sin estrépito de sus dos provincias, las tuviese listas y en parages adecuados para salir á la Mancha al primer aviso. De igual modo, por no cansar á mis lectores con inútiles detalles, dirigí mis instrucciones á cuantos gefes militares podian favorecer la internacion de la familia real, tan necesaria y tan urgente cual lo era en mi concepto, y á los que al otro extremo de la España, podrian tambien, llegada una ruptura, distraer á los franceses y cooperar á un alzamiento en masa. Uno de mis trabajos en tan acerba crisis era de no saber á quien podia fiarme. Fueron muy pocos en verdad los que faltaron al secreto que requerian las circunstancias; los hubo empero, que ó por menos cautos, ó porque estaban ya ganados al partido de Fernando, dejaron conocer mis intenciones y propósitos. Esto aumentó la furia y el afan de aquel partido que via el fin de su poder y toda su esperanza destruida, si se rompía con los franceses (1).

---

(1) Todas las minutas de las órdenes é instrucciones reservadas que dí yo en aquel tiempo, fueron encontradas en mi secretaría. Ocupado el trono por el príncipe Fernando, hizo este buscarlas y entresacarlas de los demas papeles que obraban en ella, cometiendo este encargo al teniente general don Gonzalo Offarril, que lo desempeñó minuciosamente. El objeto de Fernando, ó por mejor decir de sus consejeros, fué que se hiciese ver, con

Todo es inútil cuando en el triste y duro paso que se hace por violencia de un gobierno á otro, han enervado las facciones al que ya tienen combato, cercana y casi cierta la mudanza que pretenden. Tal era ya el estado de la España. O el conde de Espeleta estaba ya ganado, ú obró como el mas flaco de los hombres. Tan pronta diligencia habia hecho Osma con mis instrucciones, que llegó á Barcelona cerca de un dia antes que Duhesme re-

---

ellas en la mano, á los generales franceses, que cuanto se habia pensado é intentado que fuese hostil á la Francia, habia procedido de mí tan solamente, mientras que por su parte, cuanto habia yo ordenado, lo desmandó apenas subió al trono. Otro objeto que tuvieron en esto mis enemigos, fué aumentar las prevenciones que, tanto directa como indirectamente, habian procurado excitar contra mí en el ánimo de Napoleon y de su corte. Todos estos papeles deberán encontrarse todavía, si despues, cuando podian dañarles en el concepto de la nacion, no los arrebataron. Por fortuna tengo en mi poder unas notas confidenciales del mismo ministro Offarril, donde se contiene mucha parte de lo que dejo referido, la comision que le dió el rey Fernando para buscar aquellas órdenes, y algunos pormenores muy sustanciales, con especialidad sobre la comision que llevó don Joaquin de Osma al conde de Espeleta en Barcelona. Todo su empeño en estas notas es disculpar á Espeleta de su descuido y su flaqueza en la guarda de la ciudadela y de Monjuich, diciendo que aunque yo le ordenaba de parte del rey no consentir ni aun la entrada de cinco franceses juntos en aquellas fortalezas, tambien era cierto que yo le decia que obrase de tal modo que la idea y la palabra de un

cibiese el especial encargo de hacer en Barcelona lo que en Pamplona se habia hecho sin romper las amistades. Junto se hallaba Osma el dia siguiente con el conde de Espeleta en su palacio, cuando entró desolado y tremulento el brigadier don Juan Viard de Santilli, gobernador de la ciudadela, advertido ya un dia antes de las órdenes llegadas, y portador él mismo de la primer noticia de haber sido sorprendida aquella fortaleza, hechas, como decia, las prevenciones y dada la consigna rigorosa que se le habia mandado con arreglo á aquellas órdenes. Un general, no un oficial cualquiera, el italiano Lechi, fué encargado de cumplir en plena paz aquella fechoría tan deshonrosa, mayor vergüenza todavía del que mandando estas infamias, manchaba el alto honor tan decantado de las brillantes charreteras imperiales. Habian cundido los franceses haber llegado ya la orden que esperaban de seguir para poniente, y de asistirnos contra los

---

primer acto de agresion fuese imputable á los franceses y no á nosotros. Tal es el espíritu del partido. ¡Qué hombre aun de medianas luces pudiera haber imaginado que guardar y defender aquellas fortalezas era cometer el primer acto de agresion, ó que el encomendar se tuviesen con los franceses todos los actos de atencion y hospitalidad que exigia la amistad no rota todavía, equivaliese á dejarles hacerse dueños de nuestra casa, y á derogar lo que en tales casos previenen las leyes y ordenanzas militares de todas las naciones!

designios que suponian á los ingleses de atacar á Cádiz con todo el lleno de sus fuerzas. Bajo de aquel pretexto fué ordenada por Duhesme una revista general de las que estaban á su mando. Hízose la revista, y al retirarse ya los cuerpos del ejército en diferentes direcciones con todo su aparato y con sus músicas, como una cosa ya acabada, volvió las riendas Lechi para la ciudadela con algunos oficiales de ordenanza, pidió entrar con el pretexto de pagar visita al brigadier Viard y despedirse, y concedido el paso y ocupando el puente Lechi, y deteniéndose en la entrada unos instantes como en traza de contener á su caballo que se alzaba, un batallon de los velites italianos que fingia caminar en direccion de la aduana, volvió cara para la ciudadela, atropelló á la guardia de la puerta, siguió adentro tras Lechi y abrió en seguida paso á otros cuatro batallones que con evoluciones disfrazadas aparecieron nuevamente en la esplanada.

Faltábales Monjuich; pero la noche antes el conde de Espeleta habia encargado aquella fortaleza á don Mariano Alvarez, el defensor ilustre que fué luego de Gerona. Duhesme habia intentado una sorpresa semejante para tener aquel castillo, pero sus tentativas fueron vanas. No teniendo otro modo de poder lograrlo que el de tratar con Espeleta, fué á buscarle y á tentar sus fuerzas con expresiones lisonjeras, poniendo por delante la amistad y estrecha union de las dos cortes, disculpando lo ya

hecho por la inquietud que se notaba entre los Catalanes, y pidiendo por pocos dias, mientras llegaba otro refuerzo para partir de la ciudad con direccion á Andalucia, que como prenda de amistad de entrambos dos gobiernos, le dejase guarnecer aquella fortaleza. Firme Espeleta todavía contestóle tener órdenes precisas de hacer impenetrables las plazas de su mando, y de palabras en palabras concluyó Duhesme por decirle, que hallándose sus tropas en peligro, y siendo aquel un caso no previsto, se veria obligado á pesar suyo á apoderarse de Monjuich, salvo luego á las dos cortes entenderse, y que la nuestra graduase su conducta de enemiga, dando lugar á encuentros y violencias que podian parar en una guerra dolorosa entre ambas partes. Titubeó Espeleta, pidió tiempo para asesorarse con la audiencia, pidió consejo á ésta, y el resultado fué entregar la fortaleza.

Cada cual podrá juzgar como lo entienda la conducta del conde de Espeleta. Sus excusas al gobierno fueron estas: que un caso tal cual se ofreció por la conducta y las demandas de Duhesme, no era en rigor una agresion ó una violencia de parte de la Francia, porque este general ponía por fundamento la actitud hostil que habia notado en la muchedumbre, y la inminencia del peligro en que su ejército se hallaba, si las inquietas masas de la plebe, como empezaba ya á rugirse y á temerse dentro y fuera de aquella capital, acometian á sus sol-

dados; que aquel peligro era muy grave con efecto, y mas temible si por caso hubiesen deseado los Franceses un pretexto para movernos guerra y hubiesen ellos provocado ocultamente la agresion, como habian hecho en tantas partes para justificar sus guerras desde los tiempos mismos de la república francesa; que en el extremo de exponerse á que el gobierno le arguyera de haber dejado reventar bajo su mando el fuego de la guerra, ó conceder al general frances lo que pedia guarecido con el pretexto de su defensa propia, creyó con el acuerdo y la ciudad, despues de largas conferencias, que era muy menor mal añadir aquella prueba temporal de amistad y deferencia, mucho mas cuando ocupada ya la ciudadela por sorpresa, la mitad del mal estaba hecho de una manera irremediable; y que si al fin de todo su magestad desaprobaba lo que entendia haber hecho en su servicio, estaba pronto y tenia medios muy sobrados para hacer salir á los Franceses á la fuerza de entrambas fortalezas. Esto escribió de oficio y debió hallarse en los papeles de mi cargo; mas con los Catalanes habló de otra manera, asegurando tener órden de no empeñar en ningun caso la fuerza de las armas contra los Franceses sin especial aviso. Faltó en esto á la verdad enteramente: mis instrucciones le decian tan solo que la voluntad del rey era que el primer acto de agresion, si se venia á las manos, fuese imputable á los Franceses, no á nosotros. Yo no sabré decir

si la facción habria ganado al conde de Espeleta; mas todo el mundo sabe que este general, reinando ya Fernando, no solo conservó su crédito en la corte, sino que el infante don Antonio y la suprema junta de gobierno que quedó en la corte por ausencia de aquel príncipe, cuando intentaron delegar sus facultades en una junta de regencia que obrase libremente, dieron la presidencia al conde de Espeleta; confianza pues debían tener en su persona. Despues le defendieron todos mis contrarios. Los autores de la obra tantas veces citada, con el nombre de *Historia de la guerra de España contra Napoleon*, han escrito que las órdenes remitidas á Espeleta por la mano de don Joaquin de Osma, se reducian á prevenirle que dejando tomar á los Franceses sus cuarteles, evitase quanto pudiera producir quejas por la parte de estos. El conde de Toreno copia á la letra á estos autores sin citarlos; tengo que agradecerle sin embargo no haber dicho como Escoiquiz, que las plazas todas que ocuparon los franceses se entregaron por mis órdenes (1).

---

(1) En su *Idea sencilla*. Escoiquiz escribió esta calumnia tan á sabiendas suyas, quanto él mismo leyó las notas, órdenes é instrucciones arriba citadas que el ministro Offarril presentó al rey, y en que resultaba quanto deajo referido.

Don Juan Llorente, mal informado todavia quando escribió el primer tomo de sus Memorias, dijo en él, que yo permití se abriesen las plazas de san Sebastian,

Una se abrió tan solo, no por mi voluntad, sino por la del rey, cuando indeciso todavía su magestad en punto á retirarse al mediodia de España para ponerse en guarda contra Bonaparte y pedirle razon de su conducta, juzgó mas oportuno darle una muestra todavia de su amistad y su paciencia. Sobre san Sebastian no fué intentada una sorpresa como en las otras plazas, mas fué pedida y repedi- da con instancia, no al gobierno de Madrid, sino á los gefes mismos de la provincia y de la plaza, como si al paso de las tropas fuese consiguiente la franqueza de las plazas, como si el paso mismo que seguian haciendo sin ningun tratado nuevo y sin ningun aviso á nuestra corte de su objeto, fuese una cosa recibida y practicable entre amigos y alia- dos. Esta conducta, á la verdad, era la misma que Napoleon usaba en Alemania y en Holanda sin que ningun amigo suyo se opusiese á esta licencia. Me- nos seguro de encontrar entre nosotros igual con- descendencia, usó de la sorpresa donde le fué posible;

---

Pamplona, Figueras y Barcelona. Sabida mas adelante la verdad de estos sucesos, referidos hasta por los mismos franceses, me pidió mil perdones, y me ofreció enmen- dar su cometido yerro en un suplemento que se proponia escribir. Murió empero sin haber cumplido este deber de justicia, tal vez por haber juzgado bastantemente des- mentida su equivocacion, por la notoriedad que dieron á la verdad de estos sucesos los testimonios mismos favo- rables de mis enemigos, y las relaciones de los franceses.

en donde no, sus generales acudieron á los ruegos y á los pretextos especiosos. El duque de Mahon envió una exposicion de la apretura en que se hallaba con las demandas repetidas que le hacian de abrir la plaza á los depósitos franceses; decia que era imposible defenderla muchos dias, si como recelaba, rehusada esta demanda, se intentase tomarla á viva fuerza; pero que en todo caso, si el rey se lo mandaba, estaba pronto á sostenerle en regla hasta el postrer extremo.

Vista esta exposicion, y no resuelto Cárlos IV todavía á la sola medida decisiva, por la que yo le instaba, de salvar su independendia en posicion segura y hablar firme á Bonaparte sobre sus intentos, despues de mil angustias, me dijo estas palabras: « Comprometer mis pueblos á una guerra tan desigual y desastrosa como podrá serlo en las presentes » circunstancias, mientras que aun queden esperanzas de evitarla, no me lo dicta mi conciencia. Re- » husarles esa plaza, en el camino que han tomado » los sucesos, seria poner en ocasion á Bonaparte de » que me falte á los respetos que me debe, como » habrá de suceder si la acomete por la fuerza. Al » contrario, el abrirla será darle una leccion que le » avergüence de las maneras desleales con que se ha » hecho dueño de las otras. A mas, el duque de Ma- » hon escribe francamente que no será posible de- » fenderla mucho tiempo si la atacan: ¿qué habre- » mos conseguido con negarla sino empeorar la crí-

»sis en que estamos? Dile que condescienda y lo  
»haga de manera que parezca concesion y gage de  
»amistad por parte de nosotros.» Su magestad insis-  
tió en esto de tal modo, que no se retiró hasta que  
vió y leyó la órden extendida, la cual partió al  
instante.

Tan graves atenciones y cuidados que oprimian el corazon de Cárlos IV, rey ya desamparado en aquel tiempo, sin mas defensa ni pantalla que mi frágil existencia, tantos cuidados y amarguras eran satisfacciones y contentos para los partidarios del príncipe de Asturias, cuya influencia poderosa contagiaba la opinion en todo el reino. Cual fuese esta opinion que ellos ponian en voga y mantenian triunfantemente, y mantuvieron ciegos hasta el funesto desenlace irremediable, lo contarán aquí otra vez sus mismos escritores que me han servido de testigos tantas veces (1). Despues de referida la toma de las plazas, continuan luego como sigue:

«De esta manera se apoderaron las tropas francesas de Pamplona, Barcelona, san Sebastian y Figueras (2). Despues de estos actos no podia que-

---

(1) *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, libro I, pág. 244 de la traducción francesa.

(2) Figueras no cayó en poder de los franceses sino el 18 de marzo. Fué tambien ocupada por una ruin estratagema, semejante á la que Lechi jugó en Barcelona para invadir la ciudadela. El testimonio que estoy citan-

» dar duda á nuestra corte sobre los verdaderos de-  
» signios de Bonaparte; pero la nacion tenia una  
» confianza tan grande en aquel guerrero, cuyos  
» elogios habia oido repetir en todos los escritores  
» públicos durante diez años, y era tal la seguridad  
» que sus emisarios sabian inspirar, que la mayor  
» parte de los españoles creian de buena fé, que los  
» franceses no tenian mas objeto que el de derribar  
» á Godoy, y asegurar á Fernando sus derechos á  
» la sucesion de Cárlos IV (1). Su magestad y el fa-  
» vorito, mejor instruidos y en mejor disposicion

---

do prueba bien que aun en aquella fecha, la opinion cundida en los pueblos de que Bonaparte no tenia en cuanto hacia otro designio que el de derribarme y ensalzar al príncipe de Asturias, fué mantenida con teson y con una obstinada ceguedad hasta el dia en que Napoleon se quitó el velo enteramente.

(1) Preguntados qué hubiesen sido estos autores, quiénes fueron los franceses que inspiraron esta confianza, reinando todavía Cárlos IV, obligados se habrian visto á decir que fueron el embajador frances y los dependientes de la embajada. — Preguntados todavía á quiénes inspiraron esta confianza, obligados se habrian visto á responder que á los partidarios del príncipe Fernando con quien tenian sus inteligencias. — Preguntados aun, quiénes fueron los emisarios de los franceses que propagaron estas especies en todo el reino, habrian tenido tambien que responder no haber sido otros que los mismos partidarios de Fernando, que iban enganando gente á su partido por todas las provincias, pervirtiendo la opinion, é inspirando aquella confianza en los designios de Bonaparte que tan funesta fué á la España, y